



EL MATAACÁN: AUTÉNTICO FUERA DE SERIE

El perro de muestra acompañó al **Seat 600** en la revolución social que experimentó España en los años sesenta. Los perros perdigueros tardaron en llegar a la clase trabajadora popular más de setecientos años, desde su aparición en la alta Edad Media. Estaban exclusivamente en manos de reyes y cortesanos españoles hasta 1808. Con la guerra de independencia, las armas de fuego llegaron a los principales burgueses, profesionales y hacendados rurales. Y con ellas, los perros de muestra. Después de la guerra civil, mi abuelo cazaba ya en los cuarenta con perros que paraban. Para mi padre, los perros perdigueros eran esenciales en su forma de entender la caza. Así que recién casado obtuvo un setter inglés, que brilló fugazmente y se malogró. Más tarde consiguió el **Mataacán**, un elegante mostrador de mucha raza, que mi padre gustaba decir que era braco francés –por el tipo- aunque verdaderamente sería un perro perdiguero español, de esos que habían proliferado en el norte y eran menos frecuentes en el centro de España. Cazando codornices en la Alcarria, mi padre presumía de perro de muestra parándose a prender un cigarrillo con el primer labrador que nos visitaba en el rastrojo, mientras el **Mataacán** –el **Mata**, para la familia- paraba las codornices veraniegas y sufría en tensión la exhibición. El esnobismo me lo repasaban en la plaza los aldeanos cuando yo bajaba por las tardes a jugar: --“*Ese perro de Manolo si que está bien enseñao, aguanta en cada codorniz media hora*”. Eran docenas y docenas de codornices las que colgaba mi padre, día tras día del mes de agosto, en vacaciones. El año 1968 el perro estaba en todo su esplendor, yo acompañaba a mi padre con nueve años entre rastrojos, vallejos y humedales. Aquel verano hice unas fotos que han quedado para mi recuerdo y ahora el de mis lectores.

Era un perro titánico, superobediente, trabajador, todoterreno de enormes facultades, cariñoso y entregado. Viajaba en un cajón -que aún conservo- en la moto Vespa con papa, solo se le veía la cabeza y en el viaje ni se canteaba. Los hondos de la antigua vía de ferrocarril de Vicálvaro eran su punto de entrenamiento por las tardes de diario. Cobraba señuelos de un morro a otro de la vía, con la sola indicación del silbido y los gestos de mi padre. Aquello era la demostración aplicada de los esquemas del **Pons y Aramburu**, que por entonces circulaba en España como manual de entrenamiento de perros de caza. Arriba, arriba, abajo, derecha, izquierda... Eran órdenes a treinta metros que el perro asimiló de memoria y que luego le servían para recuperar en ladera, para hacer las delicias del tío **Eliseo**, de mi tío **Julián** y de **Justo**, compañeros de cuadrilla.

Entre cazadores, el éxito de un perro se adivina por las perras que le traen a cubrir. Cuando mi familia irrumpió en la **Peña deportiva de San Blas**, el **Mata** se hizo famoso. San Blas era una de los mayores colectivos de cazadores en aquellos años, con la **Real** y **Pegaso**. Entre aquellos ochenta cazadores que viajábamos todos los fines de

semana en autocar, el *Mata* destacaba y los Contera también. Y sus hijos (del perro): el **Perico**, la **Cati**, el **Lark**, el **Falco**... Era el jefe de filas de un grupo de perros pachones y perdigueros que aglutinaban las mismas virtudes de abnegación, trabajo y facultades. Constituían un modelo canino, la raza que nunca debimos perder en mi familia y la razón principal que me llevó años más tarde a impulsar la recuperación del pachón en España.

A la hora de recordar escenas de caza, reconozco aquí su maestría insuperable en la caza de la liebre. Los pelos de la cepa del rabo se le encrespaban cuando era rastro de liebre. Las evoluciones de las liebres antes de echarse son todo un descubrimiento para el joven cazador. Me topé en aquel entonces con el instrumento de lectura privilegiado de aquellos devaneos. ¡Cómo movía el rastro de las liebres en monte bajo! Y luego se precipitaba la silenciosa muestra. En las codornices, todo parecía simple, incluso en esos cardizales del *Corral Quemao*, que recuerdo como infinita barrera insalvable para mí de chico. Proclive a despear, le fabricábamos en casa unas botitas para sus pies que agradecía y así no cejaba. Mi padre siempre relataba un sucedido para demostrar lo mucho que andan las codornices. Una mañana salió a cazar mi padre con **Flores Puado**, leal amigo y frecuente compañero. El *Matacán* seguía su ritmo productivo y mi padre colgaba africanas, sin que Flores se estrenase. Avanzaba la mañana y el perro, al viento, de muestra otra vez. Le pilló a mi padre a bastante distancia, por lo que invitó a su amigo a que se la matase al perro. Al entrarle, el perro parado progresó en guía sobre el rastro de la codorniz, a lo largo de un surco de rastrojo, volviéndose en dirección hacia mi padre, el perro llegó a su altura y aún lo rebasó veinte metros; más allá, sacó la codorniz que vino a engrosar la cuelga. Así que Florencio no lo podía creer. Otro recuerdo es urbano. El *Mata* ya estaba viejo y casi ciego, sus dos ojos se opacaban, aunque el perro mantenía las facultades de nariz. Yo era mocete y responsable de sacarlo y mantenerlo. Una tarde, en mi calle, una rata asustaba a las vecinas, en la acera, a pleno día. Y yo me decidí a sacar mi perro, que no veía bien, pero enseguida captó el rastro, lo siguió entre los coches y con mis indicaciones acabó con la rata de un certero golpe de cuello. Me sentí el héroe del barrio.

© Texto y fotos

Carlos Contera Alejandro